

Prospectiva mundialista y un Cisne Negro: la Covid-19

Por Carlos Baltés

Todos hemos pecado de blandura, y ahora vienen tiempos que nos impondrán el rigor para nuestros hijos, y para nuestros pueblos. La benevolencia será castigada en esta edad de hierro a la que estamos todos abocando.

Gregorio Marañón.

Es el futuro el que ahora demanda nuestra especial atención, porque es en él donde se estiman grandes cambios derivados de las nuevas tecnologías y de las ideologías transformadoras que ya están mutando la sociología del momento y nuestras formas de vivir. Esa atención inteligente exige a su vez comprender bien nuestro presente para, a partir él, hacerse cargo de lo que se divisa. De momento podemos decir que *entre curvas anda el juego*. Basándonos en ellas trataremos de otear el viento que ya sopla.

En efecto, los hiperricos, la nueva y poderosa clase social, parecen estar asustados. Se han dado cuenta que la sociedad en su conjunto está rota. Las clases medias, tan importantes para garantizar la estabilidad y el equilibrio social se han hundido. A su vez han perdido sus antiguas costumbres y su moral, es decir, el conjunto de normas y reglas de convivencia que regían sus vidas así como el empuje y la capacidad de esfuerzo que fortalecían y sostenían a la sociedad en su integridad. Y sin valores y sin equilibrios sociales no se puede vivir en paz durante mucho tiempo. Vamos a hablar, pues, del futuro sabiendo que son algunas coordenadas las que pueden dar la razón de él.

Veamos qué coordenadas son esas. La globalización y las nuevas tecnologías han creado en un periodo muy corto, en poco más de una veintena de años, una nueva clase social, la de los hiperricos, que está formada por grupos de personas caracterizados por poseer una riqueza de dimensiones descomunales y de muy reciente creación en la mayoría de los casos, y que, a su vez, éstos actúan en un escenario global. De manera que ese grupo de “riquísimos” constituyen una nueva casta, muy separada de los multimillonarios antiguos, que tratan, en su nivel, de ir al rebufo de los primeros. Aquéllos se caracterizan porque su poderosa estructura organizativa les hace más ricos cada año aunque no quieran. Prácticamente no pueden arruinarse aunque se empeñaran, salvo un caso de generosidad impensable que les llevara a entregar toda su fortuna.

Antes esta tesis general, los hiperricos se preguntan qué hacer. ¿Cómo parar este proceso de inestabilidad que vislumbran a medio plazo? ¿Qué hacer para equilibrar la sociedad de nuevo? Porque el equilibrio social es imprescindible para la pervivencia de todos. Entre los hiperricos hay dos posiciones básicas ante este problema.

Veamos de entrada por qué el equilibrio social es imprescindible para una estabilidad social sin violencia.

1.- En primer lugar hay que dar una explicación de cómo tendrían que distribuirse individualmente los ingresos a la luz de criterios objetivos basados en el know how o los atributos de intercambio socioeconómico –las habilidades propias, en definitiva- de los trabajadores de los diferentes niveles profesionales.

En efecto, en la teoría de probabilidades el teorema central del límite establece que las variables aleatorias, bajo determinadas condiciones de independencia, se distribuyen en la naturaleza aproximadamente como una distribución normal o distribución de Gauss. La gráfica de esta distribución tiene forma acampanada y es simétrica respecto a un concreto parámetro estadístico que se recoge a través del comportamiento de la variable aleatoria de que se trate, que en nuestro caso son las habilidades profesionales. Entre todas estas variables genéricas relacionadas con los individuos podemos analizar muchos parámetros: caracteres morfológicos (la estatura, por ejemplo), sociológicos (las actitudes) y psicológicos (la inteligencia y otras aptitudes), de manera que podemos calificar y distribuir a una población por sus capacidades físicas o intelectuales.

Pues bien, esta curva gaussiana puede representar, a nuestros efectos, las habilidades laborales de una sociedad, mostrando una distribución de probabilidad alrededor de la media, de manera que la oferta de trabajo de un país o una sociedad queda identificada por la denominada curva normal. Gráficamente se representa mediante un eje de coordenadas en donde las ordenadas miden el número de trabajadores y en las abscisas se recogen los ingresos percibidos. Los ingresos individuales de los trabajadores deberían seguir esta distribución normal, sin olvidar que será parcialmente corregida por la ley de la oferta y la demanda de trabajo. Estas dos fuerzas contrapuestas serán las que crearán la curva de “desigualdad económica normal” a través de la solicitud, bien de profesionales muy preparados o de trabajadores con menor exigencia, que son más fácilmente intercambiables. La curva normal gaussiana así corregida muestra cómo debieran ser los ingresos individuales una vez sometidos a la ley de la oferta y la demanda. Esta ley, sostenida en el tiempo, es la creadora de la estratificación social y de las diferentes clases sociales.

2.- En el epígrafe anterior hemos razonado cómo *debiera ser* la distribución de las remuneraciones de una población con estabilidad social. Ahora nos dirigimos a conocer como *son en la realidad esas distribuciones de remuneración en nuestro mundo*. Esas distribuciones reales nos las ofrecen el Coeficiente de Gini y la curva de Lorenz, pues ambos parámetros se pueden asociar. Los dos miden la igualdad o la desigualdad existentes en los ingresos de una sociedad o de un país. Fijémonos en el coeficiente de Gini, que se mueve entre los valores 0 (perfecta igualdad) y 1 (perfecta desigualdad) y señala cómo se distribuye la renta y la riqueza de una sociedad, expresándose gráficamente esta distribución en un diagrama donde las ordenadas recogen la proporción acumulada de la variable población y las abscisas recoge la misma proporción de la variable ingresos.

Pues bien, un Índice de Gini cuando es superior a 40 (coeficiente de Gini: $0,4 \times 100$) se considera por la ONU como una posición inaceptable. Veamos los datos para 2017 de algunos países, presentados por continentes. América: EEUU (40,1-45,0); Canadá (25,1-30,0) México, Colombia (45,1-50,0); Argentina, Chile, Perú (40,1-45,0); Brasil (50,1-55,0). Europa: España, Italia, Rusia (30,1-35,0); Francia, Reino Unido, Alemania (25,1-30,0), Noruega, Suecia y Finlandia (<25); Asia y Oceanía: China, Japón, Filipinas, Indonesia, Tailandia, Birmania, India, Australia, Nueva Zelanda (30,1-35,0). Es curioso resaltar que los Estados Unidos, el país más rico del Planeta, superan

el 0,4 del coeficiente de Gini. Los países iberoamericanos se mueven entre el 0,4 y el 0,55 de este coeficiente, y en Europa dicho coeficiente se mueve entre el <0,25 de los países nórdicos y el 0,35 del resto europeo. El Índice de Gini ofrece, pues, la fotografía de cómo se distribuyen realmente los ingresos entre las poblaciones de los diversos países. Hemos escogido para el cómputo los países más importantes por PIB y/o población.

Y es que si un país tiene un Coeficiente de Gini que se aleja en exceso del equilibrio que representa la Curva de distribución Normal, que recoge una vinculación razonable entre el know how poseído por las poblaciones y sus ingresos, estaríamos ante un desequilibrio social insostenible a medio y largo plazo.

Pues bien, hacia ese punto de desequilibrio avanzamos briosamente porque los coeficientes de Gini van creciendo en los últimos años y se dirigen hacia el valor 1, que cómo hemos dicho representa la máxima desigualdad. Esta situación acabaría destruyendo a las bases de propia economía de mercado -máximo exponente de la más alta eficacia en la asignación de recursos-, que nos llevaría en última instancia a problemas gravísimos de inestabilidad social. Y los hiperricos más avisados ya lo han detectado. ¿Qué van hacer éstos?

Como hemos apuntado antes hay dos posiciones al respecto dentro este privilegiado grupo social. La primera, formada por los más activos, que actúan a través de fundaciones personales tratando de acabar con los estados-nación por distintos procedimientos: a) dividiendo, escindiendo estos estados en otros más pequeños y débiles. b) sustituyendo los estados-nación por los pueblos-nación –por ejemplo, la llamada *Europa de los pueblos*, para el caso europeo-. Ambas opciones recortan las libertades individuales, debilitan la efectividad y el cumplimiento de las leyes, disminuyen la diversidad social y fomentan la coacción y la falta de información en la vida de las personas, que se verán así desprovistas de la potente tecnología política, social y económica que suponen las estructuras de los estados-nación consolidados. En consecuencia, al debilitarse los estados de las naciones más importantes y con mayor “know how” en sus poblaciones, sus fuerzas de trabajo quedarían crecientemente indefensas mientras que las sociedades en general verían muy limitadas sus posibilidades de vivir en auténticas democracias. De manera que estos países, con sus estados previamente debilitados o casi inexistentes, se acercarían a un nuevo régimen de *opresión* que nos devolvería prácticamente al comienzo de nuestra Era.

Por otro lado, la segunda facción del grupo de los denominados hiperricos, que se agrupan en diversos clubes de influencia mundial, y que temen las consecuencias del estado de cosas hacia el que nos dirigimos, querría resolver la situación con pactos sociales de gran calado para minimizar los riesgos de una inestabilidad social explosiva. Aunque al mismo tiempo esta facción no deja de contemplar que si la acción de los hiperricos más activos permitiera finalmente la constitución de un gobierno mundial de hecho, que acabaría imperando sobre los ordenamientos jurídicos y las estructuras prácticamente fenecidas de los estados-nación, no les disgustaría probablemente también participar en ese poder mundial único y omnímodo.

En todo caso ese poder mundial único, que tiene su epicentro en hiperricos de países de raíz anglosajona, se iría imponiendo paulatinamente a través de un proceso.

Un proceso que contemplaría diversas fases: En la primera, se habrían impuesto sobre sus propios estados-nación y también sobre los estados-nación europeos, e igualmente, sobre los iberoamericanos. Todos ellos habrían sido previamente debilitados como ya hemos señalado más arriba. En una segunda fase, este sistema naciente tendría que enfrentarse con los muy poderosos y autoritarios estados de China y de Rusia; no hay que olvidar que este último país es el aliado natural de China. Ambos conformarían un conglomerado muy resistente poseedor de una mentalidad muy alejada de Occidente. En la tercera fase, si los hiperricos de estos dos últimos mega-países, superando diferencias de mentalidad sociológica e histórica, pactaran con los hiperricos del mundo occidental, que ya vendrían ejerciendo el poder de hecho sobre sus antiguos estados, la última esclusa hacia el gobierno mundial se levantaría por fin. Esta fase final se podría sustanciar en el crepúsculo del siglo XXI.

Esta era nuestra mirada al mundo, la prospectiva global que se apreciaba a principios del año 2020. Sin embargo, a mediados del invierno de 2020 apareció un *Cisne Negro* en forma de una pandemia mundial producida por un coronavirus venido de China que produjo la enfermedad denominada Covid-19. ¿Cómo jugará esta enfermedad en el escenario mundialista señalado anteriormente? En nuestra opinión, la respuesta es diversa atendiendo a la auténtica etiología del coronavirus. En efecto, se pueden contemplar diferentes posibilidades: 1ª.- Si la Covid-19 tuviera un origen básicamente artificial o buscado, entonces los cambios iniciados y previstos hacia un gobierno mundial se acelerarían, porque detrás estarían los mismos intereses mundialistas capaces de poner en juego diversas fuerzas contrapuestas. 2ª.- Si la Covid-19 tuviera una etiología verdaderamente natural, surgirían dos posibilidades: a) Los cambios mundialistas se ralentizarían debido a la hecatombe económica que se está cebando en estos momentos, lo que exigiría un fortalecimiento de los estados-nación vigentes; y b) La nueva situación creada produciría un cambio en la dirección de los acontecimientos que habría que reformular.

Madrid, 8 de junio de 2020